

La bondad de la reina

Daiana de Lucca



Capítulo 1

La bondad de la reina

Un toque, dos toques, tres toques.

Las copas chocaban, derramando líquidos poderosos para el alma.

Platos de delicias pasaban de mano en mano hasta acabar entre los dientes amarillentos de los comensales.

El aire viciado de la avaricia colmaba el ambiente.

Un toque, dos toques, tres toques.

Nadie prestaba atención a los golpecitos de los dedos de la reina sobre el brazo del trono.

El pastel de cumpleaños ya se había partido, y las porciones mutiladas con cortes barbáricos.

Estúpidas costumbres de no se sabía qué época, en la que seguramente aún existía la magia.

La larga mesa no paraba de hablar.

Un pájaro sonaba en el fondo, más allá de la gran ventana detrás del trono.

Qué insoportables eran los seres humanos, espejos de la mediocridad menos amable.

El aburrimiento era insostenible.

Un toque, dos toques, tres toques.

La puerta se abrió.

La reina se sobresaltó, levantándose de su asiento con aire entusiasmado.

Había pocas cosas tan emocionantes como fingir ante la posteridad.

Abrió los brazos en señal de bienvenida, saludando al recién llegado.

El mensajero del supuesto reino vecino se inclinó con parsimonia.

Presentó un cofre elaborado, incrustado de piedras preciosas traídas desde muy lejos.

Exclamó que quien lo enviaba había cruzado los prados, los bosques y los desiertos del mundo.

Dentro del cofre había una botella de un vino antiguo, especiado, pesado e irresistible.

Todos alrededor de la mesa se regocijaron, sin dejar de atiborrarse de comida.

¿Era un regalo para el exclusivo disfrute de la reina?

No.

Ella lo compartió, incapaz de esquivar su propia bondad.

Abrió la botella verdosa y vertió una línea de esa bebida digna de dioses en cada copa.

Oyó los vítores de las víboras glotonas que se codeaban a los gritos, rumoreando sinsabores.

Los vio reír y beber, y atragantarse, y tomarse la garganta, y toser.

Los contempló desplomarse sobre la mesa, sobre los mismos platos donde había aplastado el pastel, mezclándolo con grosellas y nueces con los dedos asquerosos.

Las habladurías cesaron.

Para su deleite, no quedaban bocas que emitieran sonido alguno.

El mensajero pasó por alrededor de la mesa, metió las manos en los bolsillos de los invitados, quitó anillos y collares, y se hizo con su recompensa.

Luego se acercó a la puerta por la que había entrado, hizo una reverencia pícaro, y se marchó.

La reina suspiró, y sonrió con satisfacción.

El silencio era hermoso. Divino, casi.

Decidió tomar un paseo por los pasillos, sólo para disfrutar de su obra.

Ya nadie quedaba en el castillo.

Todo había sido ejecutado, y sus ocupantes también.

Los rincones aún no apestaban, los cuerpos estaban frescos.

Caminó con las manos entrelazadas por detrás de la espalda entre los cadáveres del personal.

Fue como si una música divertida la llamara, y traspasó el gran portón.

Afuera, los jardines estaban húmedos luego de la llovizna matinal.

El canto de los pájaros elaboraba una melodía hecha a su medida.

El camino entre los árboles la llevó al montículo donde estaba la tumba.

Los ángulos perfectos del sepulcro, el cual había supervisado personalmente, la halagaron.

Se agachó frente a la piedra que condecoraba al muerto.

El nombre de su hijo le recordó su cometido.

Al menos estaba hecho.

Alguien en el castillo, no se sabía quién, lo había envenado hacía treinta y dos días.

Su único heredero, asesinado.

¿Qué había de malo en pagar con la misma moneda?

De todas maneras, la casa real ya no tenía futuro.

El rey había enfermado y fallecido, y estaba enterrado justo al lado.

No había otros hijos, ni tampoco los habría.

No había forma de amar más que a aquellos dos hombres.

Era imposible.

No había espacio para la felicidad.

La emoción de su sonrisa se convirtió en amargura, y luego adoptó la línea dura de la tristeza.

Clavó los dedos en el suelo mojado.

Removió la tierra, desesperada, hasta desfallecer.

El vestido de telas suaves y frescas se le llenó de suciedad y gusanos, pero no le importó.

Se dejó caer entre las tumbas, mirando el cielo.

Había encontrado allí su lugar para morir.

FIN